

LECTURAS PARA UN VERAN ...Crónica
de viernes

El cine que fue

■ ROLANDO PÉREZ
BETANCOURT

LA TELEVISIÓN pasó **El hombre que mató a Billy el niño** y escuché fragmentos desde lejos, mientras trataba de arreglar una ventana a través de la cual me fui casi cuarenta años atrás para detenerme frente al cine Astral, donde se exhibía ese mismo oeste. Afuera, una molotera impresionante se había mantenido al acoso de la taquilla en cada función, y así durante días.

Quien haya visto en este 2010 ese **Billy el niño** —uno más entre otros filmes sin rango— no podrá explicarse aquel fenómeno de masas, a no ser que tenga claro el concepto de que ahora el cine, o “ver películas”, se ha convertido en otra cosa.

Pertenezco a una generación que no soltaba la peseta en la matiné del domingo sin antes confirmar un asunto de vital importancia: ¿es en colores, verdad?

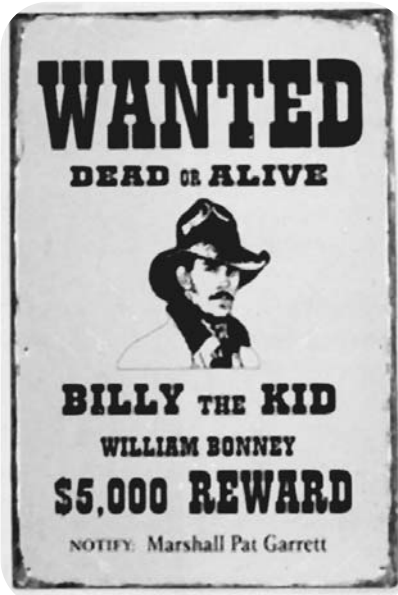
Eran los años cincuenta, ya estaba la televisión sacando uñas y aunque se realizaban importantes filmes en blanco y negro, los estudios comprendieron que el color sería una atracción de lujo ante las pretensiones del vidrio hogareño.

Fue el inicio de una ofensiva nunca detenida.

Frente al entretenimiento televisual, las fastuosas reconstrucciones históricas al estilo de **El Cid**, **Los Diez Mandamientos** y **Ben Hur**. Encarando las pantallas de 14 y 17 pulgadas, el Cinemascope, el Cinerama y la Tercera dimensión (que en la década del cincuenta falló a causa de la cefalea que provocaba, pero que en la actualidad tantos dividendos económicos comienza a reportar y amenaza con atraer el cine, en un altísimo porcentaje, hacia el bando del pensamiento simple ligado a la concepción economicista de “lo que importa es el espectáculo”).

La televisión no solo preparó la venganza, sino que en muchos aspectos se puso a la vanguardia, gracias a una tecnología transformadora.

Recuerdo a Pepe Agraz, destacado fotógrafo deportivo



Cartel original donde se ofrece recompensa por la captura del pistolero Billy The Kid.

de **Granma** y con una larga hoja de servicios en el periodismo durante los años cuarenta y cincuenta, hablando con entusiasmo del video tape, allá en los años sesenta, a la vuelta de un evento deportivo internacional. Pepe, que era un maestro en el arte de congelar imágenes de deportistas en plena acción, acababa de descubrir el video tape y lo explicaba ante nuestros ojos incrédulos.

Vendrían las caseteras y con ellas la posibilidad de llevarse el cine a casa. Luego el DVD, la revolución de la computadorización, las memorias portátiles, Internet, la piratería, los discos duros externos, la televisión ganando terreno con sus seriales, la oportunidad de ver lo que se quisiera a la hora más oportuna y el cine, junto a su magia e impacto social sin precedentes, empezaría a perderse en una medida impresionante.

De la agonía de las salas dieron cuenta filmes como **Cinema Paradiso**.

Hoy, las salas con muchas lunetas de las grandes ciudades se mantienen gracias a las espectaculares películas que estrenan, precedidas de una campaña publicitaria que a veces es tan costosa como las mismas películas.

Pero cada vez más, por algunas de las razones aquí expuestas, y otras (como es la seguridad-comodidad que implica quedarse en casa), aumenta el número de espectadores que no trasponen la puerta del hogar para ir a descorrer las encortinadas fantasías de antaño.

No es un secreto entonces que para muchos la fascinación de las salas oscuras y la universalización que de ellas emanaban hasta con los filmes menos favorecidos por el talento, hayan quedado como un tesoro de la memoria.

Quizá por ello hace unos días detuve el destornillador y me quedé mirando por la ventana hacia aquel molote entusiasta provocado por **Billy el niño** en el cine Astral, hace casi cuarenta años. Una película en pantalla ancha y a pleno color —como se decía entonces— que pude ver gracias a ciertas artimañas, porque todavía el pase del ICAIC no me lo habían dado.

Un poema de...

Fina García Marruz



En un país que ha dado tan importantes voces de mujer a su historia lírica, la de Fina García Marruz se distingue por el poder evocador de la palabra, por el tono preciso y la irradiación espiritual.

Nació en La Habana el 28 de abril de 1923. Cursó la primaria en el Colegio Sánchez y Tiant y el bachillerato en el Instituto de La Habana. Se doctoró en Ciencias Sociales en la Universidad de La Habana en 1961. Se interesó por la literatura desde su adolescencia, por los años de la visita de Juan Ramón Jiménez a Cuba. Integró el consejo de redacción de la revista Clavileño (1943). Formó parte de los poetas, junto a su esposo Cintio Vitier, del grupo Orígenes. Mereció en 1990 el Premio Nacional de Literatura. En la red de bibliotecas públicas se hallan varios de sus títulos poéticos, entre los que cabe citar **Visitaciones** y **Poesía escogida**.

¿DE QUÉ SILENCIO ERES TÚ SILENCIO?

¿De qué silencio eres tú silencio?
¿De qué voz, qué clamor, qué quién responde?
Abismo del azul, ¿qué hacemos en tu seno,
hijos de la palabra como somos?
¿Qué tienes tú que ver, di, con nosotros?
¿Cómo si eres ajeno, así nos tientas?
¿Habría sed de no haber agua cierta?
¿O quién vistiéme de piedad los ojos?
¿Puedo poseer, pequeña, don inmenso
que faltase a los cielos y a las aguas?
Y él ¿podría morir, sobreviviendo
menor que él, todo el fulgor del cielo,
quedar la tierna luz indiferente
al fuego que, irradiando, ha suscitado?

Un cuadro en el Museo Nacional de Bellas Artes

■ VIRGINIA ALBERDI BENÍTEZ

Posiblemente este sea uno de los rostros más familiares de la iconografía cubana de todos los tiempos. Fue pintado en París en 1929 y se halla en el centro de la superficie de un cuadro de apenas 46,5 centímetros de altura por 38 de base, en la técnica de óleo sobre madera.

Su creador estaba por segunda vez en la capital francesa, que por esa época albergaba a los más conspicuos representantes de la renovación del arte occidental, lo que se conoce hoy como las vanguardias de entre guerras. Antes había viajado a París en 1925, ayudado por los intelectuales

cubanos que formaban parte del Grupo Minorista. Precisamente en París, los colegas lo bautizan con lo que será para siempre su nombre artístico, Víctor Manuel, pues había nacido como Manuel García en La Habana en 1897, con la suerte de tener como padre a un empleado de la Academia de San Alejandro, por lo que de niño corrió por los pasillos y penetró en las aulas de la principal institución de enseñanza de arte en Cuba.

Al pintar su **Gitana tropical**, Víctor Manuel se separaba del ideal académico que había predominado en la pintura cubana hasta los primeros cinco lustros del siglo XIX. No era el único en hacerlo. Los aires de la vanguardia llenaban las ansias de otras



figuras que con el tiempo serían relevantes en la historia del arte cubano, como fueron los casos de Eduardo Abela, Amelia Peláez, Carlos Enríquez y Marcelo Pogolotti.

Se respira en el retrato el deseo de fijar la belleza, pero no una belleza cualquiera, sino una que definiría los rasgos de una identidad mestiza. La mulatez de la modelo equivale en cuanto a sabor pictórico a la cadencia de los sonos que conquistaban por entonces las calles de La Habana, interpretados por legendarios septetos.

Esto suele pasarse por alto por quienes atribuyen a esta obra de Víctor Manuel un epigonismo con la recreación de las mujeres polinesias por el francés Paul Gau-

guin. Al respecto, vale la pena recordar lo que escribió el crítico y pintor Jorge Rigol en 1969: “La presencia en el lenguaje plástico de Víctor Manuel, de giros y rasgos de la semántica gauguiniana es, además de obvia, de importancia accesoria. Al enfrentarse a los cuadros de Gauguin, Víctor Manuel recibe algo más que un repertorio de soluciones estrictamente plásticas. La significación extraordinaria del encuentro hay que buscarla, a mi entender, no del lado de las influencias, sino del de las iluminaciones”.

A más de 80 años de su creación, la **Gitana tropical**, de Víctor Manuel, es uno de nuestros más preciados tesoros.

LECTURAS PARA UN VERAN ...